

## Editorial

La necesidad de no dejar espacio sin recuerdo o promesa es una constante de la cultura de la obesidad signica. Pero todo signo, ya lo decía Umberto Eco, suple una ausencia, es decir miente a cambio de darnos un verosímil tranquilizador. La globalización comunicacional pareciera gozar de igual estatuto al convertir todos los lugares en el lugar, al fomentar una voluntad de abundancia destinada a mostrarnos que todas las cosas se parecen y se preceden. El propósito del desarrollo y las redes virtuales que lo escoltan pareciera ser la instalación de un "signo" sin carencia, pleno de absolución frente a la desigualdad y las marginaciones sociales, que puede unir escenarios diversos y testimoniar identidades divergentes, gracias a nuevas riquezas basadas en la producción de información y velocidad para las oportunidades.

El signo, entonces, ya no es la sombra, el doble de un sujeto, objeto, cosa o valor lejano, menos el memorial de lo que no está y se requiere, ahora el volumen comunicacional lo pone en el centro de una inmediatez hasta hacerlo irreductible o molecular. De esta manera sólo puede hablar de sí mismo al informar lo demás. Una economía visual y discursiva garantiza la inutilidad de las distancias y la vacuidad de los enunciados, en un constante deshacerse en miles de fragmentos noticiosos que imponen un referente-modelo que ya tiene previsto el accidente, la víctima y la imagen. Sin embargo, no es la repetición lo que caracteriza a este régimen, sino al contrario la nulidad, el hueco o la desaparición. Las hablas saturadas por el esquema de una palabra negociada antes de su circulación obliteran lo político y lo social, en el mismo instante en que -no sólo- lo describen sino también lo critican. El signo comunicacional consume los acontecimientos y los programa para que representen una adversidad blanda y ligera, donde nada ocurre porque no hay conflicto o diferencia, sino huelga del sentido, silencio del testigo y clonación de los discursos. El signo deja de ser ilusión o espera que duplica lo ausente y se convierte, ahora, en un ausente total, en un "falso absoluto" que celebra el presente sin espesor.

La transparencia comunicativa que este hecho proclama se transforma en el argumento regulatorio de la pluralidad: en la frase correcta que explica lo real como consecuencia de un cálculo feliz sobre las audiencias y sus gustos, en el programa de conversación que eterniza el abismo de la opinión sin fracaso, en el perdón mediático que la política provee a quienes los insultan, acusan o cuestionan, al desnudo pulsional que oficia de liberalismo histérico ante el rechazo del cuerpo, en el documentalismo de la víctima que garantiza el éxito fácil de un imaginario de la indefensión, la amenaza y el esfuerzo. Placer, clemencia y perdón emocionan y neutralizan a los receptores de este *global communication*, y el signo se persigue incesantemente, sin ningún fin de captura o develamiento.

La "sociedad informacional" viste el ropaje fúnebre de la acumulación de lo muerto, las apariencias no resisten su destrucción, y por lo mismo no hay un fingimiento, ni un ocultar la verdad, el discurso comunicacional ya no se presenta como un espacio de manipulaciones posibles, la obsolescencia impide la conspiración y los mensajes desaparecen sin descanso, minimizando el riesgo de una idea o un acto que dure más allá del escándalo previsto.

La vida cotidiana y la modernización se han convertido, en los últimos años, en temas preferentes de las investigaciones comunicacionales, a través de estos tópicos se busca (de una u otra forma) encontrar un eje transversal que organice el campo de estudios. Sin embargo, la situación no permite avanzar en discusiones profundas, pues no existe un espacio de debate estructurado que contribuya entender los procesos, más allá de anécdotas o paisajes culturales. Las comunicaciones subordinadas a la metáfora tecnológica del desarrollo y el periodismo circunscrito a la explotación pública de lo privado, se insertan en modelizaciones específicas donde: "*la única arma absoluta del poder consiste en impregnarlo todo de referentes*", inundar de un sentido implosivo los mensajes y leerlos como multiplicación de enunciados y formatos.

El ensayo de lo social, se diversifica en numerosos discursos que compiten por su escenificación y contrato, lo articulan según las crónicas de lo utilitario, funcional y desideologizado y lo reconstruyen —cuantas veces sea necesario— de acuerdo a la conveniencia de los actores institucionales que ejercen la opinión, más allá, del recurso permanente al uso de la desgracia, la biografía y la historia local.

8 |

Estas breves indicaciones buscan abrir un debate, profitar de un desencanto que nos coloque frente a la dimensión transversal que las comunicaciones expresan hoy. Por tal motivo, nos hemos propuesto en este número presentar un conjunto de escrituras que nos hablen desde bordes distintos de las intensidades en juego a la hora de pensar el momento en que vivimos.

En esta versión de Comunicación y Medios, hay unos circuitos y retornos que

posicionan modos de pensar la comunicación y documentarla y hablan de lo descrito en las líneas anteriores. Al margen de las secciones, es posible encontrar un pulso, un cierto diagnóstico a cerca de las estrategias de representación inscritas en los textos culturales y que evidencian la huella de signos ya no dedicados a hablar de otros y a reconstruir lo fáctico, sino a implosionar y gastarse hasta volverse irrecuperables para una ideología o un anhelo de realidad. De esta manera lo social se torna un axioma publicitario del signo y no acaba nunca de producirse, así la información se convierte en un bien continuo usado de modelo para la guerra, el mercado y la nación.

Al dedicar el tema central de la revista a la presentación de algunos trabajos meritorios discutidos en el III Encuentro Nacional de Semiótica, asumimos esa provocación y molestia que el signo nos depara en sus deslizamientos por la cultura, la etnicidad, la emergencia juvenil, la japoanimación, etc. La entrevista al profesor Armand Mattelart, hilvana los tiempos mixtos y globales de una racionalidad industrializada por la dispersión y el control que tiñe con un determinismo tecnológico extremo. Los artículos de académicos e investigadores del departamneto proponen y ensamblan con inflexiones e historias, describen y puntean en un abierto interés por hacer aproximaciones y evitar las clausuras, admitiendo distintas entradas a problemas del imaginario social.

El signo, el fantasma que no cesa, se cruza en este número y declara su impunidad comunicacional asistida por una lógica que se divierte y está de acuerdo, pero a su vez se torna objeto de intermedio crítico para explicar problemas que están dentro y fuera de la interpretación semiótica. Al mencionarlo hemos dispuesto una lectura que no abusa de lo lingüístico, ni se deteriora en lo referencial y significativo, supone un acercamiento político y una alegoría de la sociedad contemporánea donde el signo virtualiza las relaciones y las formatea según un tiempo uniforme de noticiabilidad y sucesos, pero que se expresa descentrado y prófugo viviendo del pedazo y el escombros.

